

BIENVENIDO AL FINAL DE TU CAMINO

Mayru

—¡No hagas ruido! ¡No hagas ruido!

Alba no tenía ninguna intención de hacer ruido. En sus pupilas, el pánico se enredaba como una araña en busca de una presa, y la palidez de su rostro competía con la del sepulcro contra el que, atenazada de terror, se apretujaba. Jorge apagó el equipo y trató de camuflarse entre las zarzas crecidas a ambos lados de las tumbas. La niebla, cerrada sobre el abrupto bosque de cruces y estelas, diluía la leyenda impresa en la herrumbre de la entrada, una frase, *Bienvenido al final de tu camino*, más premonitoria que nunca. Abrazados, acurrucados entre matorrales y sepulturas olvidadas, contuvieron el aliento en espera de un amanecer demasiado lejano para alimentar sus esperanzas.

Era la tercera noche que pasaban en el cementerio abandonado, un caos de lápidas en torno a las que hozaban los jabalíes, nichos maltratados por los elementos, fosas que nadie visitaba y ángeles ennegrecidos de desidia. En el centro, custodiado por ninfas y querubines de ojos inexpresivos, destacaba el panteón de los huérfanos quemados, diez niños abrasados en el incendio de un orfanato de cuya memoria solo quedaban volutas brotadas de la tierra en los días más fríos del invierno y aquel

decrépito mausoleo, un reclamo irresistible desde el día que, en un sucio mercadillo, tropezaron con el equipo de cazar fantasmas.

Algo crujió al otro lado del sepulcro. Algo rozó las ramas que invadían la paz de los muertos. La bruma deformaba los perfiles gastados de las cruces, borraba del firmamento las copas de los cipreses, fingía un refugio negado por su propia levedad. Ahogando el llanto, Alba se encogió contra su novio maldiciendo sin palabras al viejo avaro que les vendió aquellos trastos inservibles.

Se trataba de un metro desconchado por las esquinas y una grabadora digital con la pantalla rota. El precio era desorbitado, pero aquel usurero de bigotes poblados y sudor rancio en las axilas supo utilizar en su favor un ansia que los jóvenes fueron incapaces de disimular. Un ansia que iba a costarles la vida.

Algo chocó contra la pared del mausoleo, y el eco de aquel golpe flotó sobre el camposanto como el anuncio de un final. Alba no pudo impedir que de entre sus labios se escapara un gemido inaudible. Casi inaudible. Jorge tragó saliva. No había escapatoria.

Dos noches atrás, los nervios a flor de piel y una especie de temor supersticioso ocluyendo las gargantas, se colaron en busca de los campos electromagnéticos que, según los entendidos, señalan la presencia de los

espíritus. Pero las horas en cuclillas junto a los nichos, el sueño perdido y la ropa empapada de rocío no sirvieron para nada. La aguja se negó a oscilar en la pantalla de un metro que probablemente ni siquiera funcionara. Con la decepción a cuestas, regresaron al hogar.

La segunda noche todo fue mejor. Hacía calor, tanto que Alba se libró de la chaqueta apenas se apostaron entre las sepulturas. Lo ceñido de la camiseta y lo exuberante de su juventud dieron al traste con la vigilancia antes incluso de su comienzo. Pero cuando, el cabello revuelto y miles de pequeñas ramas enredadas en la ropa, revisaron la grabadora, escucharon las voces. Y la certeza de su descubrimiento les arrolló con más fuerza que la pasión recién consumada.

Algo reptaba sobre las grietas viejas de la lápida, algo se arrastraba por el panteón en busca de su escondite. ¿Por qué tuvieron que dejar encendida la grabadora mientras se revolcaban entre la maleza del camposanto?

Pasaron todo el día encerrados en el dormitorio de Jorge, ignorando las repetidas visitas admonitorias de su madre, mientras revisaban las grabaciones y confirmaban, incapaces de contener la emoción, que por debajo de sus propios gemidos se intuían otras voces: voces agudas, voces infantiles que a veces discutían, a veces callaban y, en ocasiones, hablaban

al unísono en una lengua indescifrable. Voces ininteligibles de jovencísimas ánimas en pena.

Por eso regresaron aquella noche de humedad florecida tras la tormenta de la tarde, de augurios negros y cielo sin estrellas. Alba consiguió un amplificador que conectó a la grabadora con un empalme tan chapucero como efectivo, Jorge se deshizo del metro y, ceñidos de la cintura, afrontaron la última de sus excursiones nocturnas a un cementerio que, tal y como rezaba la inscripción, parecía el final de sus caminos. Porque apenas escucharon las voces captadas por el altavoz, comprendieron que iban a morir.

— *¿Tienes el material?*

— *Aquí está todo. Cinco kilos de la mejor coca del mercado. Vamos a ser ricos, tío. En cuanto la soltemos, vamos a ser ricos. Venga, ámate, que te meneas más que un mono con pulgas. ¿No te darán miedo los muertos, no?*

— *Los muertos no hacen ruido. Y escuché algo raro. Saca la pipa y vente pa' cá, ¡Vamos!*

Y como constatación de un veredicto, ruido de pasos a la carrera, crujido de maleza aplastada por las botas, un sonido metálico en la pared del mausoleo y rumor de suelas sobre la lápida junto a la que, sin éxito,

intentaron cobijarse. Y los narcos se recortaron en las tinieblas, dos grandes siluetas erguidas sobre la tumba principal, las miradas pendientes del equipo de grabación, las pistolas anticipando el desenlace.

— *¡Te lo dije!*

El alarido de Alba solo consiguió que dos sonrisas muertas, sonrisas negras de rabio y odio, se ensancharan hasta deformar los rostros de los sicarios. Jorge la estrechó contra su pecho, cerró los ojos y contuvo la respiración en espera del balazo. Pero no sucedió nada. Despacio, muy despacio, separó los párpados y descubrió, incrédulo, que los asesinos habían desaparecido. Atenazados por el terror, por el aliento cercano de la muerte, tardaron unos segundos en comprender que la losa, raída tras un siglo de heladas y tormentas, se había partido enviando a los camellos al fondo de la cripta. Y regresaron las voces. Miles de voces enredadas en una barahúnda imposible. Vocecitas chillonas, disonantes, que no podían ser humanas. Solo cuando, superado el pánico inicial, se asomaron a la fosa, comprendieron que aquellos gritos indescifrables no pertenecían a las ánimas que buscaron en vano, sino a las ratas que anegaban el nicho, un océano de famélicas ratas oscuras que, envolviendo a los dos hombres bajo un manto de garras y colmillos, los devoraban a mordiscos voraces y diminutos.